

LA HISTORIA LO PERSIGUE

POR LAS BESTIARIAS¹

Un fantasma no muere nunca. Vuelve permanentemente y no deja de volver.
Jacques Derrida

Allí donde solo hay tierra y calor, aparecen los personajes de *Como si existiese el perdón*. Deambulan en los zaguanes de sus casas, beben ginebra, cometan un asesinato. La novela de Mariana Travacio irrumpió de forma breve y concisa en la narrativa nacional; recupera la figura del gaucho, un tanto gastado por el tiempo, para contar a través de él lo fatal. Si en el *Martín Fierro* de José Hernández tenemos un gaucho desertor que acumula rencores y convierte su historia en justicia social, en *Como si existiese el perdón* esa dimensión colectiva se desvanece y aparece un gaucho más individualista. Manoel, narrador y protagonista, y el Tano, su único amigo y figura paterna, hacen justicia por mano propia; son víctimas y victimarios a la vez. Eligen el camino de la fatalidad, atraviesan la tierra seca en busca de una venganza y al llegar — a lo que ellos consideran su destino — se enfrentan al vacío.

¹ Melanie Biffani y Leila Benzi son docentes formadas en el ISFD N.º 39. Su proyecto nació en 2022, mientras compartían prácticas docentes y diálogos sobre literatura, educación y cultura. Desde entonces, han trabajado para que la palabra circule: en la escuela, en bibliotecas y en centros comunitarios. Les interesa promover una educación literaria que sostenga la diversidad y la ternura, y que lleve la voz de la escuela más allá de sus paredes. Se las puede encontrar en Instagram como @LasBestiarias.

La historia es así: dos hombres se encuentran para darse refugio. Manoel fue abandonado por sus padres; el Tano le da un hogar, lo acobia entre sus pocos recursos, le enseña a ser hombre: a no decir. Juntos se acompañan en el medio de la nada, vinculándose como padre e hijo. Luego, el caos: un asesinato cometido casi como un malentendido, la muerte de un amigo a modo de represalia. Entonces aparece ella, la venganza. La idea de destruir al otro lo toma todo y, de repente, se vuelve el único motor de vida que ambos encuentran.

La novela se erige bajo esa realización: lo único que me va a dar un perdón es la muerte. Pero ¿perdonar a quién? ¿Y cómo? La presencia constante de la primera persona del plural magnifica ese posicionamiento de los personajes: hay un “ellos” y un “nosotros” muy marcados. Esa diferenciación discursiva sitúa —a personajes y lectores por igual— en un bando, imponiendo un esquema rígido: matar o morir. El relato ahonda esas percepciones presionando la idea de la matanza: si es ellos o nosotros, no queda otra alternativa más que dar muerte. La violencia se repite como un eco: unos asesinan a los otros, los otros asesinan a los unos, en una sucesión que parece no tener fin.

La poesía habita cada rincón de la novela, desde la brevedad de sus capítulos, dejando espacios blancos en las hojas, hasta el uso exhaustivo de la locución comparativa “como si”. El recurso del símil se convierte en el hilo conductor de la narración, al punto de inscribirse desde el título mismo como una clave de lectura. El “como si” no afirma: no dice que algo es, sino que algo parece ser. Eso abre un espacio de suspensión entre lo real y lo ficticio, entre lo concreto y lo simbólico. El mundo narrado nunca termina de afirmarse del todo, siempre se desliza hacia un “casi”, hacia lo que podría ser, pero no es. Es decir, funciona como una poética de lo incierto, de lo aparente, que corresponde tanto al clima existencial de los personajes como a la atmósfera desértica y desolada del pueblo.

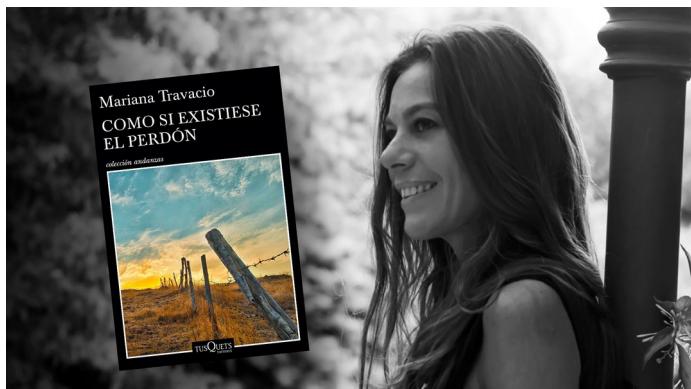
En la novela, Manoel narra: “Recién ahí me di cuenta: llovía como si el cielo hubiese decidido desahogar todos los diluvios del mundo sobre esas tierras”. Y luego insiste: “lo escuché gritar como no lo había escuchado gritar nunca, como si se vaciara en ese grito”; más aún: “un grito que se me escapó de la garganta como si me estuviera vaciando de un odio de siglos”. Cada vez que el narrador utiliza dicha estructura, surge la imposibilidad de nombrar, la necesidad de transformar lo real en signo poético para intentar comunicar lo inefable.

¿Y cómo la muerte, el dolor y el caos pueden ser contados de una forma que sitúe al lector en la ternura? Manoel es un narrador de metáforas: mira lo que le sucedió y lo convierte en literatura. En la novela hay pocos diálogos; lo que se dice es mínimo, lo que se siente es inmenso. Esa dualidad —entre lo poco que se enuncia y lo mucho que aún así podemos percibir— se sostiene en el lenguaje poético y minucioso con el que Manoel nos presenta la historia.

En él persiste la obsesión por entender lo ocurrido. Parece responder siempre a la misma pregunta: ¿cómo llegué hasta acá?, ¿cómo llegamos hasta acá? Tal vez si lo entiende pueda avanzar y liberarse de aquello que lo sofoca.

Porque, al fin, ¿qué es la literatura sino un arte que intenta desentrañar los restos de nuestro inconsciente? Como si de un proceso de escritura se tratara, Manoel vuelve una y otra vez a su relato, lo pule, lo transforma. No dice “estaba lleno de ira”, sino: “como si el nudo que tenía en el estómago se transformara en viento y me soplara por dentro”. Observa con atención, analiza, concede: “Porque así tenía los ojos, antiguos, como si detrás de ellos se escondieran mil vidas y él pudiera consultarlas todas cuando le viniera la gana”.

Mariana Travacio construye una voz que reflexiona sobre la incertidumbre, la culpa y la violencia desde la prosa poética. Una vez más los gauchos argentinos viven dramas universales que, lejos de agotarse en lo local, exponen la fragilidad de la identidad masculina contemporánea y sus desgarros. Manoel, con su mirada de observador incansable, repasa lo vivido como quien tantea un abismo: busca en el relato un entendimiento, una grieta por donde asomarse al sentido. El relato, entonces, es su medio para comprender; y nosotros, como lectores, accedemos aparte de ese entendimiento junto a él. No todo, pero sí una parte. Algo como esto, quizás: un fantasma, una historia, vuelve y nunca deja de volver. La historia lo persigue.



FICHA TÉCNICA

Como si existiese el perdón,
de Mariana Travacio.

Tusquets, 2021, 144 páginas.